

Especificidad de la tortura como trauma.

El desierto humano cuando las palabras se extinguen

Marcelo N. Viñar

“En el momento en que escribo, seres humanos altamente civilizados, vuelan sobre mi cabeza con la intención de matarme. No albergan ninguna hostilidad hacia mí, en tanto individuo, ni yo hacia ellos. Simplemente ‘cumplen su deber’, como se dice. La mayoría de ellos, –estoy seguro– son hombres de corazón, respetuosos de la ley, jamás pensarían cometer un crimen en su vida cotidiana. Si alguno de ellos me redujera a polvo con una bomba juiciosamente arrojada, dormiría tranquilo el sueño del justo. El sirve a su país, que tiene el poder de absolverlo de toda mala acción”. (Traducción personal)

Georges Orwell

England, your England. 1941

Tomado de *Modernidad y Holocausto* de
Zygmunt Bauman

“La verdad, tan simple como aterrador, es que las personas que, en condiciones normales, hubieran podido quizás soñar crímenes sin jamás nutrir la intención de cometerlos, adoptaron en condiciones de tolerancia completa de la ley y la sociedad, un comportamiento escandalosamente criminal.”

Hanna Arendt

Los Orígenes del Totalitarismo

LA TORTURA EN EL MUNDO ACTUAL

Hace ya muchos años (en Humanismo y Terror), Maurice Merleau Ponty, señalaba que la medicina y la tortura guardan entre sí una afinidad tópica en el sentido de que ambas se alojan en y colonizan el espacio de intimidad del cuerpo sensible de alguien humano: una para salvarlo, la otra para destruirlo.

Cierto estupor brota al pensar juntas nociones tan antinómicas como las de medicina y tortura, pero su virtud es apuntar y hacer elocuente y central ese espacio de intimidad donde habitan desde siempre, en forma virtual y potencial, miedos ancestrales como el terror al dolor infinito. No tanto el miedo a morir, sino a algo peor aún, el miedo a la agonía interminable y sin fin, que es figura universal y temporalidad eterna de los mitos, de las fobias de la literatura y los cuentos infantiles y algunos mitos religiosos. Un universal que nos habita desde nacer hasta morir.

La enfermedad y la tortura trocan en actual y patente, esa virtualidad que desde siempre conocimos y que estuvo allí, merodeándonos, asediándonos en silencio, indicando un zócalo fundante de la condición humana: el cuerpo sensible y la palabra que lo expresa.

Pero la zozobra de la vecindad de las Parcas no es la misma. En ambos casos la amenaza y lo ominoso pulverizan el bienestar del sentimiento de estar vivo. La irrupción de la enfermedad desata el combate con lo desconocido del destino, convoca la voluntad de dioses malignos que hacen trastabillar la razón como causalidad ordinaria. Pero el entorno humano que nos funda y nos sostiene, no sólo se hace más patente, sino que habitualmente se vuelve más tierno y solidario, lo que puede volvernos aún más humanos.

En las antípodas, la tortura institucionalizada hace añicos la red social que nos constituye como humanos. Su causa es nítida e identificable: son nuestros semejantes los que nos convierten en bichos acorralados y asustados y es su voluntad triunfal y arrogante la que nos arroja al sufrimiento interminable. “Usted (s) habrá(n) de morir o sufrir martirio interminable, porque son de otra raza, religión, o convicción política. Usted, lo suyo, los suyos, todo eso que usted fue o creyó, todo eso se hará polvo.”

El padecimiento que produce esa racionalidad irrefutable, la certeza incuestionable y delirante de esa afirmación del poder vigente, produce una angustia que presumo específica y sin parangón, que es indecible, pero de por vida imborrable, para la mayoría de los so-

brevivientes. Fuente segura de un rencor que presumo que –como inscripción psíquica– durará generaciones.

Frente a la masificación de la barbarie y al uso mediático del horror como espectáculo, conviene rescatar el carácter central de la intimidad. Es menester poder preservar la singularidad del padecimiento y sus antídotos; identificar también cómo cada quien sucumbe o se defiende. El universo estadístico, de magnitud monstruosa debe contarse entonces, unidad por unidad. En el oprobio extremo, un solo ser humano es toda la humanidad, a la vez único y distinto, representante y portavoz de todos.

Es esa zona de secreto y de opacidad, cogollo de lo que llamamos lo más propio e íntimo del sí-mismo, lo que se ve asediado e invadido en la tortura, un punto colindante con la locura: “Ya no seré el mismo, ...seré otro ...desconocido ...¿me reconoceré?” Ese fantasma de metamorfosis del psiquismo, de su descomposición y ruina, es agobiante. El protagonista de *1984* de Orwell y su sumisión al Big Brother es una figuración paradigmática del efecto del terror político. Esta definición del efecto de la tortura me parece más veraz y elocuente que su definición instrumental (por los instrumentos de martirio físico y moral) y define con precisión y pertinencia el objeto que quiero tratar.

Reedición actual del desamparo originario que nos funda como humanos en una dependencia extrema, en un desvalimiento que sólo transitamos exitosamente en el cuidado amoroso (alimento y mirada, refugio y palabra) de quienes nos rodean. En esta reedición de la indefensión de los frágiles comienzos, que el dolor del cuerpo promueve, el otro de la medicina se ofrece como salvador y el de la tortura como monstruo aniquilador que ríe triunfal cuando gemimos. En un pasaje inolvidable, Primo Levi evoca el momento de su ingreso al Campo de Concentración, el encuentro de miradas con el médico que procedía a su admisión, el Dr. Pankow, donde bastó un instante para que él leyera el mensaje de esa mirada: “Tú eres un sub-hombre”.

Con esta perspectiva quiero arrancar el tema de un extravío habitual que es el de la victimología y la medicalización, las que con un recurso beato al altruismo segregan y alienan al torturado de su condición ciudadana, de su condición de semejante y alter-ego.

La tortura no es una enfermedad del torturado, es un mal endémico de la civilización, que crece y se expande con el progreso como cualquier tecnología perfectible y robotizable, como cualquier in-

dustria. La tortura moderna, decía Michel De Certeau, no es un barbarismo retardatario, sino una necesidad del poder en la sociedad moderna, su reverso abyecto pero necesario. “No soy un enfermo, sino expresión de mi época”, clamaba David Roussett saliendo del Campo. Desde aquí a las descripciones sintomáticas del *Post Traumatic Stress Syndrome*, hay un abismo, el de la aseptización del quirófano.

Hablar de la tortura, entonces, no es hablar de víctimas y afectados, de sus estigmas y secuelas, sino usar su testimonio y humanidad para denunciar un orden de convivencia que sólo puede fundar su existencia y sobrevivencia en la destrucción del Semejante. Sólo se puede escuchar a un torturado y atisbar una comprensión de su persona, si nos atrevemos a asomarnos al orden opresor que lo destruyó. No sólo para restañar sus heridas, sino para restituirlo a un orden humano y a su condición de Semejante.

LA TORTURA DESDE UNA PERSPECTIVA PSICOANALITICA

Creo recordar –lo leí hace una década volviendo de Dachau para una conmemoración del medio siglo de cierre de los campos de concentración– un pasaje que narra Jorge Semprún en *La Escritura o la Vida*.

Un resistente polaco había visitado el ghetto de Varsovia –en la víspera de la solución final– para obtener el registro vívido del horror que allí ocurría. Comisionado por la resistencia, debía comunicarlo a los aliados. La escena se sitúa en Washington y es un diálogo con un juez de la Suprema Corte. El relato de Semprún se recorta del siguiente modo: “*Sr. Juez, ¿acaso usted no me cree?*” *Enigmática respuesta: “Tengo la certeza de que usted dice la verdad. Soy yo, que no puedo ni debo creerle.”*

Como sabemos, en los confines de lo humano y en la desmesura del horror, el problema de la credulidad-incredulidad se plantea siempre agudamente. Para dar mejor lugar a los laberintos y triquiñuelas de la memoria, no transcribo la cita exacta, sino mi evocación. Recuerdo que el pasaje me golpeó, y por eso lo escojo para iniciar este relato.

¿Qué estatuto darle a la incredulidad del juez, como acto psíquico? ¿Por qué en lugar de una respuesta llana y unívoca: “*No le creo*”, con cualquier variante o matiz de amabilidad o autoridad, elige de-

jar abierta una variante equívoca en dos segmentos: “*Usted dice la verdad, yo (¿me impongo?) no creerle.*”

Muchas veces me pregunté si ese lacónico mensaje decía algo obvio, como podría ser la disociación entre la reacción humana espontánea y la inherente a su cargo y función pública. O algo más hondo a interrogar, una paradoja donde reinan simultáneamente la empatía y la extrañeza, algo intrínseco a la distancia entre el funcionamiento mental ordinario y el pensar desde el horror. ¿Podemos hoy, en Latinoamérica saber o creer algo de las matanzas de Rwanda, o del terror en Gaza e Israel, en Irak o en Chechenia, o aún en esos lugares mudos, de terror político silencioso, inaccesible? Ese juego de distancias, en el espacio y en el tiempo, ¿qué efecto producen en la temática a dilucidar? Distancia espacio-temporal, en la geografía objetiva y en la interior, “geografía patética”, dice V. Jankélévitch.

La parábola del juez me permite sostener el suspenso, la distancia entre la verdad y el par credulidad-incredulidad, que en nuestro tema jamás es fácil de recorrer y que esboza dos registros de saber: el ordinario que circula en la noticia, y el encuentro vivencial que sólo el amor o la sesión analítica pueden proveer. Es la pesadilla recurrente de Primo Levi, que sueña que narra su experiencia del campo a sus seres queridos y éstos se alejan, ajenos e indiferentes, dejando al soñante, anonadado y en una desolación extrema. O el delirio tóxico de Roberto Antelme al salir del campo de concentración, que en su fiebre disentérica no quiere callar, porque su deber es testimoniar y teme, al curarse, perder la frescura de la experiencia originaria que debe perentoriamente transcribir.

¿Cómo pensar el intervalo (o la distancia) entre la experiencia del trauma –avalancha de espanto y horror, sideración del Sujeto–, y su configuración como relato, como experiencia representable, narrable a un tercero? ¿Cómo actualizar ese lugar psíquico –franja de la locura– que empalma (articula) el registro de percepción y alucinación, de la experiencia de vigilia con la onírica?

Aunque la analogía parezca grotesca, dificultades similares –aunque de modo fugaz– ocurren para traducir en palabras el orgasmo o la pesadilla y sólo la artesanía del poeta o del paciente en transferencia lo logran parcialmente, metaforizando como pueden la intensidad afectiva, la vivencia incandescente de la que la palabra ordinaria carece.

En un mundo de impostura y simulación, donde el terror es un espectáculo cotidiano y trivializado, distinguir entre el simulacro de

la catarsis abreactiva y la palabra veraz del testimonio, requiere largos e insistentes recorridos, que a veces sólo el espacio psicoanalítico puede proveer.¹

La victoria del verdugo es crear ese lugar de horror cuya invocación o convocatoria se vuelve imposible. Una figuración de la angustia que la vuelve intolerable. Esta ruptura entre la experiencia y su representación, entre la experiencia vivida y el relato de la misma, ¿no son constitutivas de la experiencia traumática, si usamos el término en su acepción freudiana? La distancia y el intervalo entre la experiencia y su relato, crea al psicoanálisis problemas de difícil dilucidación concernientes a la representación y lo irrepresentable, los temas de figurabilidad en lo concerniente a la angustia. La mayor angustia no es la pérdida del objeto, sino la ausencia de su representación.

La gente común no sabe que todo es posible, decía Jean Amery para testimoniar del horror del mundo concentracionario. De la tortura, opinaba Michel De Certeau, nadie quiere saber ni puede creer, dando cabida al desconocimiento activo que el horror convoca y provoca. Para el espanto, agrega Maurice Blanchot, no hay la buena distancia posible, solo la evitación o la fascinación. El que mira está o demasiado cerca –implicado y capturado– o demasiado lejos-ajeno, quizás insensible.

Este no es sólo un problema entre el protagonista y el testigo, o si se quiere entre el afectado (la víctima) y el terapeuta (quizás un psicoanalista): es un problema esencial del sujeto mismo en su fuero interior. Vean el inicio del libro testimonial de Paul Steinberg,² que narra medio siglo después (a los 70 años) su experiencia de adolescente en los campos nazis.

Su libro comienza así:

“Comprender, hacer comprender, todo el mundo habla de comprender, el que escribe, el que lee. El animalúnculo mítico que vive en una hoja de papel y se desplaza en dos dimensiones, ¿puede acaso concebir la tercera?” ... “Hacer comprensible aquel mundo, reconstruirlo, es la dificultad a la que nos enfrentamos todos: Primo Levi, Frances, Semprún y los demás...” “Y, para empezar, o para acabar, ¿sigue existiendo para nosotros mismos? ¿Hemos podido

¹ Ver el prefacio de Zygmunt Bauman: *Modernité et Holocauste*. Lafabrique Editions, Set. 2002.

² Steinberg, Paul. *Chroniques d'ailleurs*. Ed. Ramsay, París, 1996. Memorias de un mundo oscuro. Ed. Montesinos, Barcelona, 1999.

vivir realmente cincuenta años, el resto de nuestras vidas, conservando intacto el recuerdo de aquel mundo tal como era? Nos hubiera matado. Mató a algunos de nosotros. Los que, como yo, sobreviven, han encontrado un acomodo. Profilaxis mental.”

“Nuestra memoria es dulce, benéfica, crea zonas vagas, borra aquí y allá.”

“Mi única certeza es que el hecho de escribir me va a privar de mi equilibrio, de ese frágil equilibrio tan cuidadosamente construido. A su vez, este desequilibrio influirá sobre mi escritura, haciéndola más cruel o más manierista.”

Y doscientas páginas después concluye.

“He guardado estas páginas en mi interior durante medio siglo para escribir. Sabía que tendría que vivir con mi pasado las veinticuatro horas del día durante dos o tres meses. Para ello, he esperado hasta el momento de mi jubilación...” “Sin duda, ha llegado la hora de dar una respuesta a mis dudas. La respuesta es: sí, la escritura me ha hecho bien.”

“Mi retorno del campo no se distinguió en nada del de otros que han sabido describirlo. Los que me esperaban se taparon los oídos. Los que pudieron me esquivaron.” ... “El precipicio era infranqueable. Saqué las conclusiones pertinentes y me callé.”

Esta extensa cita de Steinberg me permite situar el intervalo entre la experiencia del trauma —experiencia de espanto y desorganización— y el *a posteriori* del relato, es decir de una eventual perlaboración. Cuando digo relato me refiero a la narrativa de los procesos conscientes. La perlaboración es una inferencia deductible del cambio psíquico, proceso válido, aunque no tenga la precisión y validez que pretenden las ciencias empírico-naturales.

Se puede leer lo que precede como un planteo introductorio. Yo entiendo que estamos en el cogollo mismo de la problemática específica para el psicoanálisis en este tipo de trauma. ¿Será infranqueable el precipicio (como dice Steinberg) o es inherente a la función analítica estar a la altura de poder acoger este Trauma?

Trauma definible —como dijimos antes— como el horror de lo que el Hombre hace al hombre; donde la etiología es definible como la acción calculada, metódica e intencional de lo que una parte de la humanidad le hace a otra parte de la humanidad. Donde el otro humano no es un semejante sino el enemigo a destruir como la plaga o una enfermedad infecciosa, donde el logro es la exterminación. ¿Qué efecto tiene en la mente humana este resquebrajamiento de la uni-

dad de la especie, que funda los umbrales identitarios, tal como se concibe desde la antropología y desde el psicoanálisis? ¿Cómo poder semiotizar la génesis de mentalidad cerrada del xenófobo, de la mentalidad abierta^{3,4} a la diversidad, disponible a correr los riesgos de la alteración por el pluralismo? La epidemia genocida danza erráticamente en el planeta durante todo el siglo XX y hay consenso académico para designar al nazismo y al stalinismo como sus puntos culminantes y paradigmáticos en el siglo XX, ejemplares modélicos pero no únicos. Por eso el tema sigue vigente en el mundo de hoy y su vigor mortífero no se atenúa, lo vemos en Irak, Rwanda o Israel y Palestina, en Guatemala y en Colombia. Una tesis central del libro de Zygmunt Bauman,⁵ es que las condiciones que desencadenaron la Shoah no son contingentes, sino inherentes a la racionalidad actual y por ende pueden reproducirse.

¿Qué podemos aportar los psicoanalistas a la erradicación de esta epidemia? ¿Qué podemos como ciudadanos y qué con las herramientas de nuestra teoría?

El dispositivo mediático, sobre todo visual-televisivo quiere mostrar que podemos saber, que viendo sabemos, que el horror cotidiano es condensable o compendiable en la noticia visual o escrita, resumible al tiempo disponible y con el poderío de llegar simultáneamente a cientos de miles de espectadores, que mascan chicle o beben, mientras ven ciudades destruidas y cuerpos destripados. Es cierto, los televidentes somos gente informada, ciudadanos sensibles que se implican en los dolores del mundo, en causas y movimientos épicos y pacifistas, por la paz o por la causa, que en general es guerrera. ¿Con esto, qué estatuto de saber adquirimos? Yo no juzgo con desdén el empeño de muchos corresponsales de guerra, ni el empresarismo mediático, que informando y aun lucrando por transformar el horror en espectáculo, se constituyen por esa vía en una de las denuncias más eficaces al atropello de los crímenes de lesa humanidad. Sin la televisión, la denuncia de los crímenes y abusos execrables de Pinochet, Milosevic o Guantánamo, seguirían siendo una conspiración izquierdista y las purgas stalinistas, una conjura de la pro-

³ Gómez Mango, Edmundo. La Identidad Abierta. En: *¿Semejante o Enemigo? Entre la tolerancia y la exclusión*. Ediciones Trilce, 1998. Pág. 41.

⁴ Gil, Daniel. Des-encuentro con el otro y etnocidio. En: *¿Semejante o Enemigo? Entre la tolerancia y la exclusión*. Ediciones Trilce, 1998. Pág. 67.

⁵ Bauman, Zygmunt. Op cit.

paganda imperialista. Los asesinos de hoy están seguramente nostálgicos y envidiosos de la discrecionalidad y secreto de los criminales de antaño.

Tal vez una reflexión psicoanalítica no pueda competir en eficacia con el mundo mediático, pero ello no nos exime de dar un punto de vista más específico desde nuestra disciplina y nuestro oficio. Digámoslo con palabras de Jorge Semprún, que tomo del trabajo de B. Winograd:

“En todos las memorias hay chimeneas que humean”

“Krematorium Ausmachen!”

“Esta realidad carceral-concentracionaria, no es procesable como memoria, es dolor insoportable y siempre actual. Algo de sí queda siempre allá, otra funciona ‘como si’ se pudiera seguir amando, odiando, trabajando, haciendo proyectos o enfermándose. Estas dos conciencias de sí alternan y muchas veces se confunden y como dice Semprún, la evocación del campo es como si jamás había salido de allí, como si jamás saldría de allí. No pretendo un mero testimonio, quiero evitarme la enumeración de sufrimientos y horrores, Necesito un ‘yo’, un yo de la narración que se haya alimentado de mi vivencia pero que la supere, que sea capaz de insertar en ella lo imaginario, la ficción. Una ficción que fuera tan ilustrativa como la verdad, por supuesto que contribuiría a que la realidad pareciera real, a que la verdad fuera verosímil.”

La creencia del carácter inenarrable (no compartible) de la experiencia, la distancia infranqueable entre el sufriente y el que escucha, siempre me ha interrogado, porque el drama que denuncia Steinberg⁶ y tantos más, sobre el carácter inaudible de su padecimiento, es una bofetada a la vocación del psicoanalista. (*“Mi retorno del campo no se distinguió en nada del de otros que han sabido describirlo. Los que me esperaban se taparon los oídos. Los que pudieron me esquivaron”... “El precipicio era infranqueable. Saqué las conclusiones pertinentes y me callé.”*)

Entiendo que es necesario (y es difícil) discriminar entre dos niveles de comprensión que se interfieren mutuamente. Un nivel es discernir si la información que se recibe es verdadera o calumniosa, una legítima sospecha en la veracidad de la fuente. ¿Se trata de hechos acontecidos o “reminiscencias histéricas”? El segundo nivel es

⁶ Steinberg, Paul. Op. Cit.

el carácter intolerable de la información recibida, capaz de movilizar una angustia no metabolizable que provoca el alejamiento. Recuérdese el esquema freudiano de las paraexcitaciones: cuando el estímulo desborda la capacidad del aparato psíquico, éste se bloquea y no registra. Da por no advenido lo que es excesivo y lo desborda. Es a este ejercicio de trivialización al que nos invita el compacto informativo cotidiano que en diez minutos nos “informa” sobre las penurias y horrores del mundo y nos acorrala en la disyuntiva entre la indiferencia (traducir la percepción como no acontecida) o una captura pasional en un delirio justiciero.

Si la intimidad del cuerpo sensible es lo más secreto y opaco que tenemos cada uno (o el oximoron de lo que nos es más propio y más ajeno), hablar públicamente sobre la tortura y el torturado no es una operación ni simple ni inocente, ya que subvierte la barrera entre lo íntimo y lo público. El recato del testimonio no puede ser pervertido en la escena pública del espectáculo. Y esto siempre se presta a deslices y a errores bochornosos. Por eso Imre Kertész culmina su libro *Sin destino*,⁷ sobre la figura conmovedora del adolescente judío saliendo del campo de concentración, con escenas de incomunicación entre el retornante y quienes lo reciben, incomunicación que va desde el desdén con los viejos conocidos, a la furia en el encuentro con el periodista humanista. Figura esta, la de la incompreensión entre los que vivieron el horror y los otros, que también desasosegaba a Primo Levi, Robert Antelme, Steinberg, a Zygmunt Bauman, Carlos Liscano, yo diría a la unanimidad de los retornantes.

Esta distinción entre palabra pública (la del testimonio) y palabra íntima (la del amor y la de la transferencia) es crucial en este tema, tanto o más que lo que remite a la vida sexual.

Metáfora de dos mundos incomunicados y no miscibles, de una radical heterogeneidad que alimenta la sordera entre el mundo de los afectados y de los supuestos indemnes y llevaba a Michel de Certeau a exclamar con simplicidad elocuente. “*De la tortura: de eso, no se quiere saber, ni se puede creer*”. Este nudo confirma la vigencia de la afirmación de Ferenczi de que lo más traumático no es el trauma mismo, sino la desmentida del hecho traumático. Sordera activa, por una parte peligrosa porque encierra al sufriente en un ghetto, también imprescindible porque nadie puede vivir sólo en la melancolía, sofocado por lo más abyecto de una acción humana.

⁷ Kertész, Imre. *Sin Destino*. Ed. Acantilado, Barcelona, 2002. Traducción: Judith Xantus.

Cuando el psicoanalista recibe un Sujeto marcado por estas situaciones extremas (torturados, sobrevivientes del campo o de masacres) ¿cuál es su posicionamiento como terapeuta y como investigador?

Estamos en el núcleo de la *Einfüllung* freudiana, experiencia singular en las antípodas del sentimentalismo ordinario o del mito del analista espejo que alguna escuela psicoanalítica alguna vez legitimó. La especificidad de este trauma; el origen humano, intencional y calculado de otro humano que quiere nuestra destrucción, es un desafío a la escucha psicoanalítica. Ya Freud advertía que la catástrofe natural promueve solidaridad y la catástrofe política originada por otro humano induce odio y rencor interminables.

Quiero articular esta afirmación con mi convicción de que las teorizaciones de Donald Winnicott o de Jacques Lacan sobre el espejo, proveen la matriz simbolizante donde se produce un pilar de humanización: la identificación a lo humano a través del rostro acogedor del progenitor, sosteniendo la fragilidad de la indefensión originaria. Es este pilar fundacional el que se resquebraja o se derrumba en la experiencia de la Tortura y del campo de Concentración, donde el otro cesa en su condición de semejante y se transforma en el monstruo sonriente que se deleita con la aniquilación de la víctima. De allí la frase que inmortalizó Primo Levi, cuando ante la interrogación implorante de un prisionero, la sentencia de respuesta del SS es "*Heir ist Kein Warum*" (*Aquí no hay ningún por qué*). La creación del sin sentido como causa explicativa del martirio, el dolor infinito y sin escapatoria en el cuerpo, combinado con la arbitrariedad y la crueldad como móviles centrales de causalidad psíquica, configuran un núcleo traumático de temible especificidad.

LO IMPOSIBLE DE SABER

¿Qué "materia" traen a elaborar en análisis los sujetos de estos vejámenes; los afectados y su entorno?

Siempre hay un grado de imposible en poder establecer la realidad en el horror, aun si se quiere preservar el referente objetivo que buscan el jurista o el historiador; pero más aún si se quiere privilegiar el espacio interior de subjetividad que supongo que es la meta del saber de un psicoanalista. ¿No es acaso sistemático en el discurso *light*, después que la violencia política se distiende, la justifica-

ción de que fuimos condescendientes con el abuso porque no lo sabíamos, que si no nuestra resistencia hubiera sido mayor y nuestra complicidad menos activa y silenciosa?

Después del genocidio indígena –según T. Todorow el más grande de la historia– los pueblos nuevos de América, productos del *melting pot* y de un aquerenciamiento acelerado gracias a espacios y recursos abundantes, desconocíamos en América las guerras étnicas que asolaron a Europa y Oriente en nombre del fundamentalismo de la fe y de la raza. Cuando en la infancia de los que hoy somos viejos se hablaba en América Latina de los horrores de la Segunda Guerra Mundial y la exterminación nazi, respondíamos simple e ingenuamente “Aquí no, el horror es de allá”, de Europa. Invocando la actualidad renegábamos el genocidio antes citado, ocurrido hace menos de dos siglos, en nuestros orígenes como nación. Lo mismo creyeron los neoyorkinos hasta el 11 de setiembre del 2001.

Ese *estado de inocencia pretraumática* existe (o se configura) *a posteriori*, como punto de partida para pensar la desmesura de la experiencia traumática, tábula rasa donde se inscribe el espanto... o la incredulidad. Extremos que propician la desmentida e impiden la acumulación de memoria histórica.

El comité organizador del 44 IPAC nos pidió que enfocáramos la perspectiva del trauma desde la experiencia de la tortura y las desapariciones durante las dictaduras militares latinoamericanas. Sin duda entre la Shoah y esta experiencia hay una diferencia de escala: entre miles y millones. Que una culminó en una industria de la muerte y Latinoamérica mantuvo su nivel artesanal (aunque con el bombardeo en Panamá, con la población indígena guatemalteca y la actual en Colombia, la estrategia de tierra quemada adquirió magnitud de genocidio y exterminación).

La herencia, la marca del horror extremo de la violencia política, tiene algunos caracteres que recortan su especificidad de otras formas de experiencia traumática. Reducirlo a una categoría común de Trauma es conceptualmente erróneo, además de ser éticamente condenable. La creación de las figuras de la victimología y la reparación económica de las víctimas, trocan la deuda simbólica en una transacción mercantil que la empobrece y la corrompe. No digo de no hacerlo, sino que ese acto es insuficiente y para ello no es necesario el psicoanálisis.

LA PERSPECTIVA DE LA CLINICA PSICOANALITICA

¿Cómo definir el trayecto entre la situación extrema de la Tortura y su ulterior perlaboración (*Durcharbeiten*) de un trabajo analítico?

La silueta que intenté esbozar de lo inalcanzable de la representación ordinaria para significar el horror, va con el fin de desbaratar la ilusión corriente y frecuente de creer que la solución de este trauma es accesible por la vía catártico-abreactiva (adscribiendo la problemática del trauma al modelo metapsicológico de la histeria) y superponiendo la noción de “curación” a la de silencio sintomático.

La meta terapéutica no es la resiliencia. La vocación normalizante me parece tonta. La meta terapéutica busca un reencuentro con la temporalidad psíquica, con un devenir y una reapropiación del fuero interior que permita discriminar el pasado del presente, que el sujeto pueda acceder a su actualidad con cierta frescura y no quede incrustado, anclado, al Trauma, como fuerza de atracción irresistible que satura de significación todos los ámbitos de experiencia psíquica, que contamina el presente y el futuro en un determinismo lineal y fatal con aquel pasado.

Cuando el trabajo terapéutico es favorable y elaborativo, se percibe la báscula desde ese tiempo psíquico anclado en el pasado o lastrado por él, a otro devenir donde hay un futuro posible, donde la dimensión actual y prospectiva es posible. Donde palpita algo de la incertidumbre del por-venir y no el agobio de la amenaza permanente de una catástrofe que se repite interior e interminablemente.

Como dice lúcidamente René Rousillon: nada de lo humano se revela en una monocausalidad, ésta es siempre hipercompleja. La situación extrema resalta la pertinencia de este axioma, lo que no impide identificar y dar relieve a algunos factores relevantes. Como señala este autor, se trata de leer no tanto en el Trauma (como causa desencadenante) sino en cómo cada sujeto lo registra, lo inscribe y significa: la singularidad de la respuesta. Cómo lo nuevo e inesperado de la situación extrema se intercala en un curso de vida, en las estrategias y medios para seguir viviendo.

Hay “musulmanes” (entregados a la muerte en el sentido de Bettelheim), pero no todos lo son. La marca honda de la situación extrema no siempre es secuela, es decir minusvalía y deterioro, ni retorno a las condiciones originarias previas a la experiencia extrema. Puede no ser sólo inscripción de terror y dolor psíquico, de agu-

jero sin representación, impensable y no figurable, sino seguir un destino sublimatorio y conquistar itinerarios de creatividad.

¿Cómo acompañar analíticamente esta experiencia extrema? El analista debe pues estar abierto y disponible para esta doble vertiente de lo indescifrable y de la cicatriz de algo muerto o destruido en un núcleo de la vida psíquica. El sentimiento de haber sobrepasado un límite más allá de lo humano, de una rotura del contrato narcisista que nos liga a la humanidad, de un espacio psíquico más allá del temor y del deleite, obligan a reconfigurar caminos humanos que reintegren a la vida psíquica la experiencia vivida.

La marca irreparable de algo melancólico, de un tiempo actual y retrospectivo sin esperanza y sin anhelos, suele estar en el punto de partida. Restablecer la temporalidad, anudar pasado con futuro, rehistorizar el tiempo vivencial. Rehabitar la propia historia personal más allá de ese espanto que como un agujero negro absorbe toda la vida anímica, compactándola en un dolor siempre actual, siempre vivido en presente, son direcciones de trabajo que he ido cosechando de la experiencia.

Si esta reintegración no es factible, el *splitting*, el desprenderse o des-identificarse y alojar en el pasado ese horror insuperable, procurar que esa parte destruida no invada y contamine todo, reconquistar un proyecto en primera persona (rescatar el nombre de pila, dice Rousillon), parece ser a veces la única vía posible de resubjetivación. Se trata de repersonalizarse: cuando se está fuera de sí es necesario rehabilitarse.

Un modo de fracaso es cuando el analizando se instala irreversiblemente en la posición de víctima y espera que el mundo y todos lo resarzan y reparen del mal que ha padecido. La astucia freudiana del beneficio secundario del síntoma logra aquí su monstruosa caricatura, para mal del sujeto y de su entorno, eternamente culpables de lo irreparable; resentimiento padecido en la esfera psíquica o actuado en la escena social. El mundo está lleno de este tipo de casos, que a veces saturan la demanda en instituciones de rehabilitación inspiradas en pautas victimológicas.

Lo dicho hasta aquí nos coloca fuera de las categorías diagnósticas consensuales, de sus usos y mal usos (por ejemplo: *Post Traumatic Stress Syndrome*, Resiliencia, etc.), y atarse a ellas lleva a un empobrecimiento conceptual y a una distorsión de la visibilidad social del problema, que es una de sus dimensiones esenciales. Es menester no ceder a la demanda social de psiquiatrizar el proble-

ma, de preservarlo como problema humano y político de enormes proyecciones y no reducirlo a un problema sanitario, que es la trampa perversa que acomoda al *establishment*.

LA PERSPECTIVA DE LA PSICOLOGIA DE LAS MASAS

A lo largo del siglo XX, los descubrimientos freudianos sobre la sexualidad infantil no sólo tuvieron incidencia en los casos tratados, sino además un enorme impacto en diversas facetas de la cultura del siglo. Una tarea titánica de la misma envergadura nos espera respecto a la crueldad ejercida colectivamente y los psicoanalistas pueden dar su contribución profundizando el eje socioantropológico abierto por S. Freud en “Psicología de las masas y análisis del Yo”. Por supuesto que el tratamiento de casos – la clínica y su reflexión– sigue siendo la columna vertebral de nuestro oficio. Pero la experiencia acumulada nos permite afirmar que la experiencia de terror marca no sólo al sujeto agredido, sino a su grupo y a su descendencia. Podemos asumir la evidencia de que ese efecto atraviesa las generaciones y marca el futuro de la especie. Podemos denunciar la falacia de una dicotomía entre indemnes y afectados y mostrar que en la denuncia y comprensión del problema, el lugar del testigo es tan crucial como el del sufriente. El reconocimiento social del genocidio y del crimen, la abreacción que comporta, tiene un efecto benéfico crucial para los afectados a través de la restitución de la verdad histórica y lo contrario resulta de su desmentida, que acorrala a los afectados a la condición de diferentes –como la gente de Verona temía al Dante porque había visitado el infierno– y propicia soluciones de auto o heteroagresión, luego catalogadas como secuela o como sociopatía.

Incluir la problemática de la tortura y el terror político en una dialéctica entre la razón y la locura atañe a la humanidad entera y no a los sujetos sufrientes o afectados por una dimensión inicua de la condición humana. Es a todos los humanos y no sólo a las víctimas, el hacer las operaciones significantes, es en la humanidad entera y no en los sufrientes que se juega la antinomia entre normalidad y locura. El ideal de salud es también político y el acontecimiento traumático es indispensable pero insuficiente para calificar la causa y los efectos en un sujeto dado, sea éste un veterano de Vietnam o

un campesino de Rwanda o Guatemala. Es una lógica de este tipo que adopta en sociología Z. Bauman en la obra citada.

La frontera divisoria entre sin razón y simbolización, no son individuales ni victimológicos, sino societarias. El operador significativo para calificar la normalidad es concomitantemente comunitario e individual.

EL DESGARRO DEL ORGANISMO PSÍQUICO, SU ROTURA, LIMITE DE METAFORIZACION. IDENTIFICACION A LA ESPECIE. PRESENCIA DEL OTRO, VIGENCIA DE UN CUERPO EROTICO INVESTIDO. CREDULIDAD CONFIADA

En el esquema nocional que heredamos los freudianos –las series complementarias son de esto una reliquia o un ejemplo– la pulsión es la violencia o el empuje que viene de adentro (de lo endopsíquico), el trauma viene de afuera. Del otro, del *Nebens-mensch* (ch) íntimo (doméstico) o social. Hoy este esquema dicotómico resulta empobrecedor. Prefiero renunciar a la verdad nítida de la dicotomía mundo interno-mundo externo, como organizadores de nuestra comprensión. También a un desarrollo lineal que subordine mecánicamente las experiencias actuales a la neurosis infantil. Experiencias extremas como las de la guerra y la tortura, son capaces de sacudir y reconfigurar la organización psíquica una vez adquirida.

La Tortura sistemática y sofisticada como *noxa o agente etiológico* de daño psíquico, requiere especificar alguna de sus características. Desde la edad media, pero sobre todo en el siglo XX, se han perfeccionado sus técnicas y procedimientos con no menos progresos que otros avances tecnológicos. Desde la experiencia de la Gestapo y los servicios secretos británicos, o la guerra contra la independencia de Argelia, la escuela de Panamá del Comando Sur de U.S.A., han producido técnicos y expertos de una tecnicidad temible. Por ello es menester desterrar la idea de un barbarismo retardatorio y salvaje y reconocer que los *Terminators* no son sólo creaciones lúdicas y figuras de ficción destinadas al entretenimiento infantil, sino organizaciones eficientes que ocupan un lugar privilegiado en la institucionalidad del mundo moderno.

Del mismo modo que no podemos tener una representación del mundo sin escuelas, hospitales, iglesias, estadios deportivos, en ese firmamento de representaciones ordinarias de instituciones, figuran

también una policía secreta y su cortejo de realidad y ficción del horror extremo (el *1984* de George Orwell es la representación novelada más universalmente conocida).

Esta sumisión a un poder omnímodo, donde las agonías primitivas de Winnicott, o angustias sin nombre, parecen tener lugar no sólo como reliquia de los comienzos, sino como una inquietante y actual vecindad, son parte de las representaciones que nos hacemos del mundo. Con el pretexto de la inteligencia militar de obtener información sobre el enemigo, el dispositivo de tortura puesta a punto es capaz de llevar al ser humano a la condición infrahumana de ser pura carne sufriente. El cuerpo sensible se ha diluido en el anonadamiento y el otro humano que es condición de la propia humanidad, ha desaparecido como tal. El hombre desposeído de su cuerpo sensible y de la palabra que lo instituye. *The beaking of bodies and minds*, para utilizar el nombre del libro de Elaine Scarry. Lo más elemental y originario que funda la condición humana: la conjunción del cuerpo sensible y la palabra que lo sostiene.

La sentencia terrible de Primo Levi es que los verdaderos testigos son aquellos que no han vuelto. Décadas más tarde un sobreviviente del Goulag, Vladimir Chalamov, escribe que el riesgo del testimoniar sobre situaciones extremas es que si se habla la lengua de los muertos, los vivos no entenderían y para hacerla audible hay que traicionarlos.

El terror es destrucción del valor metafórico del relato, es destrucción del órgano psíquico (*Gantheret*), la victoria del verdugo es volver al recuerdo insoportable. Por eso el testimonio crudo nos resulta obsceno, psíquicamente inmetabolizable, nos empuja sólo al espanto o a la ajenidad, y en estos extremos el pensar analítico, que necesita de la representación habitada de afecto, no tiene cabida.

Al testimonio –“New developments on Trauma”– en Río de Janeiro, ciudad llena de calor, de color y alegría –símbolo de la exuberancia del deleite– configura una paradoja, una antinomia difícil de superar entre el contenido del texto a comunicar y el lugar donde se profiere. ¿Cómo hacerlo sin sentirse traidor y profanador de memorias? ¿Cómo contaminar con el terror un encuentro que uno espera intelectual y vivencialmente productivo? Esta culpa –culpa de sobreviviente–, culpa de estar vivo, se refuerza en la evidencia de que hay un pico de suicidios o accidentes, en el momento de franquear la línea hacia la libertad.

Tal vez el título de Jorge Semprún –*La escritura o la vida*–, obra

que testimonia su experiencia del campo y que tuvo que incubar *cuatro décadas* para poder formularlo, señala con elocuencia la heterogeneidad radical entre la cosa (innombrable) y su representación como relato. Nombrar lo innombrable,⁸ marcar algunos hitos para un itinerario de reflexión del tema no tiene la misión de ilustrar o *saber más* sobre ese núcleo inaccesible del terror. La única justificación de nuestra empresa de escribir aquí, empresa pues, condenada por anticipado al fracaso, es salir del silencio, o una omisión aún más condenable.

Los referentes *Tortura y Desaparición*, términos que definen a las dictaduras militares sudamericanas, sostenidas técnica y materialmente por asesores del Pentágono, no son el objeto exclusivo a estudiar como “New Developments on Trauma”. No es la semiología de las víctimas y sus secuelas físicas o psíquicas más o menos terribles. Entiendo que el desafío del tema de este Congreso es concebir el trauma no como un compendio descriptivo, clínico o epidemiológico de las secuelas de las víctimas para instalar o propiciar una disciplina victimológica, sino estudiar cómo el terror concebido por hombres para destruir otros hombres, que se instala en condiciones sociopolíticas o históricas de un tiempo y lugar *del terror en la vida cotidiana* de modo latente o actual, modificando todas las condiciones de funcionamiento psíquico. Cuando el terror político planea en la ciudad e impregna la vida cotidiana, una lenta y larvada usura se instala en las mentes y divide (esto es esquemático) dos grupos humanos. Unos para quienes el nuevo orden es deseable porque elimina el desorden y la incertidumbre, y otros que se debaten entre la rebelión y la sumisión a la tiranía de un poder unívoco.

Esta atmósfera en el “ágora”, que establece la dicotomía de los ciudadanos aptos y los sospechosos o subversivos, teje una trama social insólita que reordena los lazos sociales, aun los que parecen distantes de la órbita de lo político en la pluralidad democrática, porque incluso en el espacio educativo y en el familiar, la dicotomía pro y anti régimen marca todos los vínculos.

En el terror no se piensa, sólo se sobrevive o sucumbe; pero la

⁸ Amery, Jean, *Más allá del crimen y el castigo* (Ensayo para superar lo insoportable): “La tortura es el acontecimiento más horrible que pueda guardar en el fondo de sí, pero de lo que estoy seguro es que desde el primer golpe se pierde lo que podemos llamar provisoriamente la ‘confianza en el mundo’ ...con ese golpe primero, una parte de nuestra vida se apaga para no volver a encenderse jamás”.

noción ordinaria de pensar, no acontece *durante* el trauma –dure éste un minuto o muchos años–, sino después, en esa etapa ulterior que llamamos de elaboración de las marcas y secuelas.

El testimonio desde la corte de La Haya y la firma de la Convención Internacional contra la Tortura, Amnesty, American Watch o la más modesta SERPAJ latinoamericana, designa y establece un nivel público de comunicación que es crucial e imprescindible, el tan ambivalentemente valorado y denigrado movimiento por los derechos humanos. Pero para que la subjetividad y el sujeto del psicoanálisis ingresen al ámbito de reflexión, se requieren pasos suplementarios y difíciles. El testimonio público –como la noticia– dice y oculta. Establece un núcleo de saber informativo que merodea el horror –que lo nombra de un cierto modo estereotipado–, pero que elude el impacto de sus efectos, de sus marcas y secuelas. Para el testimonio público es suficiente un sujeto convencional (aquí las nociones de víctima y reparación pueden ser operantes).

Cuando la misma experiencia debe ser tramitada en la esfera privada y de la intimidad, la simple extrapolación de la palabra común no resulta suficiente. La transmisión confidente y el compartir (el *partage*) con el cónyuge, los hijos o el amigo, troca la escena pública en otra –íntima– cuya textura es a explorar. Sin duda es un desafío para el psicoanalista tener acceso a ese espacio de intimidad, construirlo al mismo tiempo en que se lo convoca. No quedarse en una semiología exterior objetivante que habla de secuelas, sino fundar una semiología relacional, donde desde la experiencia íntima el sujeto transforma la secuela en marca creativa que define su retorno a la condición de ser humano singular.

La memoria del Terror es tan vieja como la humanidad. Lo novedoso de este siglo es que la misma globalización que fomenta la concentración de la riqueza y el aumento de la injusticia, también nos habilita a congregarnos a pensar contra la guerra, la tortura, el genocidio y forjar la utopía irrenunciable de un planeta sin estas plagas.

Medio siglo después del estalinismo y del régimen nazi, tiempo que ha permitido a la historia contemporánea acumular estudios profusos y exhaustivos de historiadores, sociólogos y politólogos, sobre el ascenso, el funcionamiento y derrumbe de estos regímenes, la perspectiva psicoanalítica del tema de la violencia totalitaria no puede limitarse a un enfoque victimológico de la atención de las víctimas y secuelas, sino que integrando los aportes de las ciencias sociales,

debe retomar el camino iniciado por Freud, desde “Tótem...” al “Moisés...” (pero sobre todo en “Psicología de las Masas...”) para procurar entender la articulación entre el Sujeto de la intimidad y el de la multitud y explorar incansablemente esta interfase. Más aún, cuando todos los estudiosos que conozco del tema (H. Arendt, Z. Bauman, T. Todorow, C. Browning) apuntan con insistencia a la importancia de los factores subjetivos, a los fenómenos de sugestión e hipnosis que el psicoanálisis ha explorado y dejado de explorar, como factores importantes para facilitar o impedir el ascenso del totalitarismo.

El estudio de procesos inconscientes puede aceptar o traicionar el desafío de abrir una nueva ventana de comprensión a esta humanidad abyecta, única especie en la que uno de sus rasgos distintivos es la de emprender la destrucción sistemática de sus congéneres.

¿El saber del psicoanálisis sobre la mente del torturado y el torturador es complementario o heterogéneo a los saberes múltiples que abordan el mismo objeto? ¿Cómo definir su especificidad sin diluirla en la necesaria, loable y altruista meta de rehabilitar a las víctimas y luchar como ciudadanos para la vigencia de los derechos establecidos en una carta universal, consagrada y traicionada cada vez?

Me parece trivializador llamar a esto *Post Traumatic Stress Disorder*, definición sindromática que hace cargar sobre el afectado, sobre los afectados, lo que es una herencia y un destino maldito de toda la especie. Es aceptar segregar y alienar en otros, lo que a todos nos pertenece, operación renegatoria que Lacan recupera en su conocida fórmula: “*lo que se expulsa del universo simbólico retornará desde lo real*”.

Se puede tomar a la víctima como espectáculo, volviendo al momento, hoy ridículo, pero históricamente fecundo, de Charcot con sus histéricas en La Salpêtrière, o se puede tomar ese absurdo de la crisis mayor con la seriedad que el fundador dedicó a estas pacientes, aceptando el histrionismo de la catarsis como un rito revelador (aunque accesorio) de un proceso cuya envergadura y alcance incluye y desborda el caso singular. ¿Por qué con tanta constancia y tenacidad, tanto a nivel individual como colectivo, el hombre se vuelve lobo del hombre? Investigar la tortura y las raíces de la crueldad y no sólo en el marco restringido de la sexualidad infantil, se vuelve un capítulo esencial de la investigación psicoanalítica.

UNA ENFERMEDAD DE LA CIVILIZACION

Entonces, como sostiene Michel De Certeau, pensar y decir la tortura y el genocidio implica un nuevo estatuto de la palabra en su relación a la crueldad e inaugura una nueva dimensión de la función política de la palabra. No hay una relación biunívoca entre la materia discursiva y su función y una empresa de exterminio.

El declarar no tematizable, olvidable y sin consecuencias este tema, es un desafío a la comprensión histórica en sus facetas políticas y científicas, en la frontera de distintos saberes y discursos.

No nos dejemos enceguecer por el escándalo de la negación, por una falsificación que no sólo es profanación de memorias, sino que amenaza a nuestro presente y futuro como comunidad humana. Pensemos en algunos efectos y consecuencias de esta negación.

La afirmación de inexistencia del horror –por negación o banalización– no es sólo una falsedad sino la afirmación de un sin sentido. Son acontecimientos cuya existencia se sabe y se oculta. Es por lo tanto la afirmación de un ocultamiento; se trata no del silencio sino de la inscripción activa de un agujero: la abolición de un real acontecido, que suprime la argumentación y por consiguiente la posibilidad de inscribir su significación.

“La historia es una pesadilla de la que estoy tratando de despertarme”, hace decir Joyce a un personaje. Hago mía la frase como disparador para reflexionar. Es difícil pensar el tema al margen de un catastrofismo pesimista, o de la ilusión y la inocencia de un mundo justo y armonioso.

Sabemos que el bien y el mal brotan de la misma fuente. Eros y Tanatos son fuerzas eternas de la naturaleza humana, dice Freud en muchos textos (sobre todo en *Warum Krieg*), lo que, por explicar todo, no explica nada. Y el fatalismo de esta conclusión no es inocente porque conduce a un pesimismo paralizante. Son los mismos hombres los que construyen la cultura y la democracia, y la dictadura y el totalitarismo. Porque, ¿quién dijo que los horrores son sólo los del nazismo y del estalinismo? ¿Quién nos asegura que no van a resurgir? ¿Acaso no lo hacen históricamente con machaona y macabra insistencia? Ayer fueron el Apartheid y los Balcanes, las dictaduras militares de América Latina, hoy Bagdad, Faluya Rwanda, Gaza, Jerusalén, Colombia.

Los conceptos freudianos sobre los ideales y el poder no pueden prescindir de la historia, si no se entroncan con ella se vuelven con-

ceptos retóricos o figuras de estilo, un pretendido “esencialismo” sobre la “naturaleza humana”, cuando el desafío no es descubrir “esencias”, sino “procesos” históricos concretos que construyen el progreso o el horror. Descubrir la dinámica y los factores de esa génesis sí es el desafío. No se debe usar un concepto freudiano –dice Michel De Certeau– para tapar púdicamente lo que no entendemos. Los conceptos no explican sino que ayudan a circunscribir lo inexplicado o lo inexplicable preservando lo singular e integrando experiencia por distinción y contraste.

El logos, emblema de la modernidad, meta de la ilustración y el racionalismo, portador de la esencia de las cosas por su rango científico y su valor de discurso verdadero y prescriptivo, caduca ante el horror de la guerra y los campos. Enigma o escándalo? La muerte de dios que proclama Nietzsche, no es sólo renuncia al teocentrismo, sino que cuestiona a la racionalidad como fundamento. Desde la Revolución Francesa, el juicio ya no es divino, en el más allá, sino “orden” vigente que resulta de las relaciones que los hombres traman entre ellos. Es una construcción histórica, de la que la razón humana debe dar cuenta. ¿Cómo dar cuenta de los campos de concentración (Auschwitz, Siberia, Guantánamo, los cuarteles de la dictadura), que son expresión de una forma extrema del poder que siempre nos ronda cuando la negociación de la enemistad ya no es posible?

La tiranía y los verdugos y las víctimas a que da lugar ¿son actos humanos o inhumanos?, discuten Primo Levi y R. Antelme. En estos bordes de la abyección del poder y los ideales, la palabra cesa su función ordinaria de expresar la completud fallante de un sujeto, y pasa a la impostura de la palabra fanática que pretende hacer cuerpo con las cosas que nombra y no tener un resto –omblijo del sueño–, donde alojar la incertidumbre.

Los soldados venían *mudos* de las trincheras de Verdún, escribió Walter Benjamín en 1936, en *El Narrador*. No volvían enriquecidos en experiencia comunicable, sino despojados de ella. La narración, la capacidad humana de compartir e intercambiar experiencias mediante el lenguaje, estaba abolida.

En esto se debe ser radical: no hay humanidad sin esta facultad de compartir experiencia mediante el lenguaje. El horror genera espanto, no genera experiencia comunicable.

Los hombres viven juntos. Sus rasgos –eso que llamamos la identidad–, sólo se conforman en el paisaje de co-pertenencia a la espe-

cie.⁹⁻¹⁰ Por eso la facultad inalienable de intercambiar y compartir experiencias mediante la narración es coextensiva o constitutiva de la humanización.

Todo gesto civilizatorio contiene un potencial de barbarie. ¿Cómo el hombre se hace enemigo del hombre y luego de milenios de progreso civilizatorio, puede hacer de su exterminación el ideal supremo? Esta pregunta, es encrucijada en este congreso ... en el mundo de hoy.

Christopher Browning, historiador norteamericano contemporáneo, investigó en la última década la historia testimonial del Batallón 101, batallón asesino de la policía de reserva del tercer Reich. Pudo entrevistar extensamente, 30 años después de los acontecimientos, a 125 de los 250 sobrevivientes de un batallón de 500 hombres cuya tarea durante un año, fue exterminar en Polonia varias decenas de miles de judíos. No del modo industrial de las cámaras de gas, sino artesanalmente, uno por uno, sacándolos de sus casas, haciéndoles cavar sus fosas y luego disparándoles al rostro o a la nuca, uno por uno: hombres, mujeres y niños. De una investigación minuciosa e implacable (las descripciones son escalofrantes), llega a formular una aterradora conclusión, que está implícita en el título de su libro: *Los hombres ordinarios (Ordinary Men)*, mal traducida por *Los hombres grises*.

¿Cómo es que estos hombres corrientes, que antes y después del asesinato en masa llevaron una vida ordinaria de empleados o comerciantes, que no habían sido seleccionados por criterios de adhesión al régimen nazi, ni habían sido sometidos a un adoctrinamiento particular, es decir, que fueron una muestra sociológica de hombres comu-

⁹ “La Humanidad de los hombres –dice Hanna Arendt– sólo se define y hace relieve sobre la tela de fondo de su pertenencia al mundo de otros hombres. Esta tesis permite escapar o superar la trampa de una mismidad identitaria autorreferida, que nos ha atrapado durante siglos. Una identidad-mismidad que desata la ficción solipsista de una raíz, de un origen único, transparente y excelso.”

¹⁰ “Hubo teorías políticas fundadas en el supuesto de una naturaleza humana perversa o malvada (*Homo Homini Lupos*). Hoy, se prescinde de las esencias y se trata de establecer una negociación y arreglo de la enemistad. En la relación al diferente o enemigo, hay posturas que aceptan la posibilidad de su existencia y otras que tienden a la eliminación del diferente. En la construcción del enemigo, es más problemático el incrédulo que el hereje y el que se desprende del que siempre estuvo afuera. Democracia (Lefort) Desalojar al Uno que encarna el poder y lo ocupa, creando un lugar vacío de tensión y conflicto.” Alvaro, Rico.

nes, de un barrio de Hamburgo, se habían convertido en feroces perpetradores de crímenes abyectos? En el capítulo de conclusiones, luego de una detallada argumentación de posibles factores causales: propaganda-adoctrinamiento, rasgos sociopáticos particulares, sumisión y temor a la autoridad, el rasgo común surgido de cientos de horas de entrevistas y protocolos, lo que subraya como prevalente para que sujetos ordinarios lleguen a cometer crímenes monstruosos, es el deseo de ser como los demás, de parecerse al grupo al que se pertenece. *La incapacidad de decir no por el miedo a quedarse solos*. Algunos pudieron cumplir día a día su macabra tarea con arrogancia triunfal, otros embriagándose para poder soportarla; unos pocos con la triquiñuela de salvar a alguien, dejándolo escapar sin apretar el gatillo. Pero lo esencial era no aparecer frente al grupo de pares como disidente o timorato; lo difícil era decir *no* al mandato de la legalidad local vigente, que allí consistía en matar algunos miles de judíos por día. La locura y la abyección del crimen por la necesidad de ser y hacer multitud, de no pagar el costo y la penuria de la individuación. “The capacity to be alone”, dice Winnicott. Querer ser como los demás, dice Leopoldo Bleger, forma parte del trabajo de identificación, trabajo necesario y al mismo tiempo funesto. Es una de las vías que anuda lo individual y lo colectivo y no puede ser decretado *a priori* ni como bueno ni como malo, simplemente humanos abriendo los demonios del consentimiento.

Los hallazgos de Browning en esta investigación de campo, son concordantes con los experimentos de Stanley Milgram sobre sumisión a la autoridad. Coinciden cuali y cuantitativamente. Sólo el 20%, sólo 1 de 5 individuos de las muestras exploradas, es capaz de resistir a la *persuasión sugestiva* de la mayoría vigente localmente, en situaciones de tensión extrema. Sólo un quinto resiste a la hipnosis de lo que el grupo impone como correcto y es capaz de discernir para asumir una negativa y adoptar una conducta alternativa diferente. Los otros cuatro quintos se sumergen en el sopor de la servidumbre voluntaria, en los demonios del consentimiento y se pliegan a las mayorías prepotentes en sus certezas arrogantes.

Decir no a la presión del grupo, decir no a la complicidad grupal, es esto lo asombroso y lo chocante que sentimos cuando Hanna Arendt nos conduce implacablemente a la tesis de la *Banalidad del Mal*, en el sentido de que el monstruo no es básicamente una personalidad maligna o perversa, sino sobre todo, un burócrata manipulado, y seducido secundariamente por los placeres ventajosos que le

otorga su posición de amo, en el hábil montaje del conjunto trans-subjetivo.

Me pueden reprochar con razón que por qué tomo a asesinos nazis como prototipos del género humano. Comparto que tiene algo de repugnante y asqueroso. Alego en mi defensa que Freud nos enseñó que las patologías extremas pueden ilustrar con nitidez aquello que en condiciones ordinarias es tenue y por ende de difícil visualización. Y que es necesario pasar por este extremo de lo abyecto si queremos entender y modificar la tenacidad y recurrencia de esta faceta del comportamiento humano colectivo: la tendencia de los hombres a ser pensados por otros, el miedo a pensar por sí mismo. Quizás la triste realidad del hombre masificado en la tiranía y el totalitarismo, sea una clave reveladora de otros comportamientos miméticos que será útil descubrir.

Es difícil reconocer, desde un gesto introspectivo, con nuestro orgullo de ser seres racionales, cuando por temor o prejuicio, quedamos atrapados en la sugestión y la hipnosis.

En los comienzos de su carrera Freud abandonó la hipnosis y la sugestión, por ser mal hipnotizador (sic) y no lograr sus metas terapéuticas. Luego por un imperativo ético y su convicción racionalista, al comparar a una –la hipnosis– con la cosmética y homologar su método –el psicoanálisis– con la cirugía.

Pero en el colofón de la primera guerra mundial, en “Psicología de las Masas...”, pone de relieve que la racionalidad del individuo a solas se disuelve y sucumbe en la hipnosis de la multitud. La historia nos ofrece los casos ejemplares de Galileo Galilei o Giordano Bruno, o la serie infinita de casos anónimos, donde la verdad del sistema asesina a la verdad naciente que sacude el templo, donde el temor a la autoridad y la servidumbre voluntaria, ordenan el pensamiento, la conducta y el destino y abominan de la facultad más relevante de la especie, la capacidad de innovar y crear.

BIBLIOGRAFIA

- AMERY, J. *Más allá del crimen y el castigo* (Ensayo para superar lo insoponible).
- ANTELME, R. *La especie humana*. Editorial LOM, Col. Septiembre, Santiago, 1999. Traducción: Laura Masello. *L'Espèce Humaine* Ed. Gallimard, París, 1957. *La especie humana* (Presentación de Marcelo N. Viñar), Traducción: Laura Masello. Col. IM/pertinencias/pertenencias. Editorial Trilce, Montevideo, 1996.
- ARENDT, H. *La crise de la culture..* Col. Folio-Essais. Ed. Gallimard, 1972 — *Eichmann à Jérusalem*. Col. Folio-Essais. Ed. Gallimard, 1991.
- BAUMAN, Z. *Modernité et holocauste*. La fabrique éditions, París, 2002.
- BERMANN, S.; EDELMAN, L.; KORDON, D.; MÜLLER-HOHAGEN, J.; PAVLOVSKY, E.; STOFFELS, H.; VIÑAR, M. *Efectos Psicosociales de la Represión Política. Sus secuelas en Alemania, Argentina y Uruguay*. Goethe Institut, Córdoba, Argentina, 1994.
- BLEGER, L.; ULRIKSEN DE VIÑAR, M. *Souffrance de L'horreur une problématique pour la psychiatrie et la psychanalyse en Amérique Latine?* *La Folie Raisonnée*. En: *Nouvelle Encyclopédie Diderot*. Pp. 267-281. PUF, París, 1989.
- BROWNING, CHRISTOPHER R. *Aquellos hombres grises. El batallón 101 y la Solución Final en Polonia*. Edición Edhasa, Barcelona, 2002. Traducción: Montse Batista.
- CONGRESS HAMBURG. (Sep. 26-29 1993) *Children - War and Persecution*. Ed. Secolo Verlag, Osnabrück, 1995.
- D'ALLONES, REVAULT. *Ce que l'homme fait à l'homme. Essai sur le mal politique*. Editions du Seuil, setiembre, 1995.
- GIL, D. Des-encuentro con el otro y etnocidio. En: *¿Semejante o Enemigo? Entre la tolerancia y la exclusión*. Ediciones Trilce, 1998. Pág. 67.
- GIL, D.; GÓMEZ MANGO, E.; HASSOUN, J.; FELICITAS LENT, C.; SCAZSOCCHIO, C.; VIÑAR, M.; ZYGGOURIS, R. *¿Semejante o Enemigo? Entre la tolerancia y la exclusión*. Col. IM/pertinencias/pertenencias. Ediciones Trilce, Montevideo, 1998.
- GÓMEZ MANGO, E. *La Identidad Abierta*. En: *¿Semejante o Enemigo? Entre la tolerancia y la exclusión*. Ediciones Trilce, 1998. Pág. 41.
- GRAÑA, R.; PIVA, A. Organizadores. *A Atualidade da Psicanálise de Crianças. Perspectivas para um novo século*. Casa do Psicólogo-Livraria e Editora Ltada, Sao Paulo, 2001.
- JANKÉLEVITCH, V. *Philosophie première*. Ed. PUF, París, 1953.
- KOFMAN, S. *Rue Ordener Rue Labat*. Éditions Galilée, París, 1994.

- LEVI, P. *Si ahora no, ¿cuándo?* Alianza Editorial, Madrid, 1989 Traducción: Angel Sánchez-Gijón.
- *Si c'est un homme*. Ed. Julliard, París, 1987.
- PUGET, J.; KAËS, R.; VIÑAR, M.; RICÓN, L.; BRAUN, J.; PELENTO, M.L.; AMATI, S.; ULRIKSEN, M.; GALLI, V.: *Violence d'état et Psychanalyse*. Col. Inconscient et Culture. Ed. Dunod, París, 1989.
- *Violencia de Estado y Psicoanálisis*. Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1991.
- *Violenza di Stato e Psicoanalisi*. En Collana di Psicologia Clinica Epsicoanalisi 1. Gnocchi Editore s.r.l., 1994.
- STEINBERG, P. *Chroniques d'ailleurs*. Ed. Ramsay, París, 1996 Memorias de un mundo oscuro. Ed. Montesinos, Barcelona, 1999.
- TODOROV, T. *Face à l'Extreme*.
- *La conquête de l'Amérique. La question de l'autre* Édition du Seuil, París, 1982.
- ULRIKSEN DE VIÑAR, M.; VIÑAR, M.N.; BLEGER, L. *Troubles psychologiques et psychiatriques induits par la torture*. Encyclopédie Médico-Chirurgicale. (Paris-France), Psychiatrie, 37889 A20, 5-1989, 4p.
- ULRIKSEN DE VIÑAR, M.; VIÑAR, M. La Torture, meurtre du symbol. La violence, la torture. En: *Lignes*, N° 26, Oct., 1995, Ed. Hazan.
- ULRIKSEN DE VIÑAR, M. Notas para pensar el terror de estado y sus efectos en la subjetividad . En: *Revista Uruguaya de Psicoanálisis (RUP)* N° 86, 1997; P.129-144.
- (Compiladora) *Memoria Social. Fragmentaciones y responsabilidades*. Col. IM-Pertinencias/Pertenencias. Ediciones Trilce, Montevideo, 2001.
- Inscripción transgeneracional y traumatismo de la violencia política. En: *N/a Psicoanálisis con niños y adolescentes*. 1994, N° 6. Pág. 96-109.
- VIÑAR, M.; ULRIKSEN DE VIÑAR, M. *Exil et Torture*. Éditions Denoël, París, 1989.
- VOLNOVICH, J.; HUGUET, C.; ORGANIZADORES. A.C.; HUGUET; LANCETTI, A; PAVLOVSKY, E.; BLEICHMAR, E.; MISGALOV, E.; VOLNOVICH, J.; ULRIKSEN DE VIÑAR, M. *Grupos, Infância e Subjetividade*. Ed. Relume-Dumará, Río de Janeiro, 1995.

MARCELO N. VIÑAR

Marcelo N. Viñar
Joaquín Nuñez 2946 C.P. 11300
Montevideo
Uruguay